ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA [1]

(Continuación).

Conciencia y Conciencia Propia.

Durante un inmenso período de tiempo—á través de la más inferior evolución vegetal y animal, y á través de la evolución normal de la humanidad hasta llegar al momento presente—la envoltura astral, los deseos, permanecen, como hemos visto, subordinados á lo físico en cuanto se refiere á la Conciencia. Ahora hemos de trazar el desarrollo de la Conciencia, de la Vida, al hacerse consciente de lo que le rodea. Mientras el sistema nervioso va siendo efectivamente elaborado desde el plano astral, en el físico nada se crea por la acción de la Conciencia, ni por su obra real efectiva. Precísase que la Conciencia llegue á ser primero Conciencia Propia, Autoconciencia.

Cuando las vibraciones del mundo exterior hieren en la envoltura física del Sér naciente, ocasionan en él conmociones correspondientes, es decir, una á modo de Conciencia naciente, una sensación que el Sér no relaciona con nada del exterior, aunque proviene del choque con el exterior. Es un cambio externo de la película envolvente del Sér—encerrado en envoltu-

(1) Ved la página 130 de Sophia.

ras de materia más densa—, cambio externo que produce una alteración en esa envoltura y á su vez un acto de Conciencia—Conciencia del cambio, Conciencia de un cambio de condición—. Es una atracción, un movimiento atractivo, ejercido por un objeto externo sobre las cubiertas del Sér, que llegando hasta el Sér mismo, ocasiona una ligera expansión en su cubierta en dirección del objeto atrayente, ó sea un cambio de condición, una sensación, un acto de Conciencia. Puede ser una repulsión, un movimiento repulsivo ejercido por el objeto externo sobre las envolturas, que transmitiéndose al Sér ocasionan una ligera contracción sobre su cubierta, contracción que es asimismo un cambio de estado y que ocasiona una sensación, un acto de Conciencia.

Cuando examinamos las condiciones de estas cubiertas envolventes en presencia de una atracción y de una repulsión, encontramos que son completamente distintas. Si el choque de un objeto externo produce una vibración rítmica en ellas, esto es, si sus materiales se alteran en ondulaciones regulares de densificación ó dilatación, la disposición de la materia contenida experimenta un intercambio de vida con el objeto puesto en contacto, determinando la proporción correspondiente á estas dilataciones y densificaciones la plenitud del intercambio. Este intercambio, esta unión parcial de dos Vidas distintas á través de las separadoras envolturas de la materia constituye «placer», y el impulso mutuo de estas Vidas es «atracción»; por complicado que pueda ser el placer, en esto y no otra cosa estriba su esencia: en una sensación de «plenitud» (1), de incremento, de expansión de vida. Cuanto más plenamente se desarrolle la Vida más grande será el placer en la realización de esta plenitud, en esta dilatación en otra Vida, y cada una de ellas, unidas de este modo, adquiere la plenitud por medio de su unión mutua.

Cuando las vibraciones rítmicas y las correspondientes dilataciones y densificaciones ordenadas hacen posible este intercambio de vida, puede asegurarse que «las vibraciones rítmicas son agradables». Cuando, por el contrario, el choque de un objeto externo ocasiona una disonancia de vibraciones en la superficie conque choca, esto es, cuando los materiales se alteran irregularmente, agitándose en opuestas direcciones y chocando unos con otros, la Vida allí contenida contráese, aíslase, y detenida

(1) Moreness.

la emisión normal de sus rayos é interceptados éstos, retroceden sobre sí mismos. Este obstáculo para la acción normal es «dolor», que aumenta según la energía de la opresión, y el resultado de este proceso de opresión es «repulsión». De aquí también que cuanto más ampliamente se desarrolle la Vida más grande será el dolor en esta violenta alteración de lo normal y mayor la sensación de esfuerzo frustado que acompañará á la alteración. De aquí, asimismo, que «las vibraciones inarmónicas sean dolorosas».

Volviendo desde esta breve digresión sobre el exterior del germen al germen de la Conciencia mismo, debemos hacer la importante advertencia de que no hay verdadera «consciencia» (1) de lo externo en el sentido en que generalmente se emplea la palabra.

La Conciencia aún no conoce nada interior ni exterior, ni objetiva ni subjetivamente; pues el divino germen está aún haciéndose consciente y llega á serlo por medio de estos *cambios* de condición, de estas alteraciones de su cubierta, de estas expansiones y contracciones; la Conciencia no existe sino en el cambio y por el cambio. En esto estriba el nacimiento en el divino germen: en el cambio, en el movimiento, allí donde se verifique este primer cambio, y cuando se verifique nacerá la Conciencia para el divino germen.

El simple revestimiento de este germen de sucesivas envolturas materiales á través de planos sucesivos, da origen á estas rudimentarias y vagas alteraciones que son el nacimiento de la Conciencia. Y son innumerables las edades á través de las cuales habrá de ir pasando hasta que estos cambios vayan haciéndose más definidos y estas envolturas vayan moldeándose más definidamente merced á los incesantes choques del exterior y las no menos incesantes conmociones correlativas del interior. El estado de la Conciencia durante esta etapa no puede ser descrito sino como un estado de «sensación»... Sensación que va haciéndose más y más definida y que reviste dos fases, la de placer y la de dolor; placer exteriorizado en la expansión, dolor exteriorizado en la contracción. Y debe ser notado que este estado primario de la Conciencia no presenta aún los tres conocidos

(2) El término «awareness» en su similar sentido de «conscious» puede corresponder al castellano por *esciente*, muy poco usado y que en este sentido vale tanto como «consciente».

aspectos de Voluntad, Conocimiento y Actividad, ni aun en sus más rudimentarios aspectos; la «sensación» precede á éstos, que sólo pertenecen á la Conciencia completa, aunque en posteriores etapas de evolución se muestre tanto más conexionada con este aspecto de Voluntud-Deseo cuanto más identificada llega á estar con él; en suma, como sensaciones que son, pertenecen verdaderamente á este aspecto que es el primero en el que se manifiesta una diferenciación en la Conciencia.

Cuando los estados de placer y de dolor llegan á fijarse más definitivamente en la Conciencia, originan á su vez un tercero; á la lenta extinción del placer acompaña una continuidad de atracción en la Conciencia, algo que se convierte en una confusa inclinación hacia este placer, en una vaga tendencia hacia la sensación desvanecida, en un movimiento (demasiado indefinido para denominarle esfuerzo) para sujetarla, para retenerla; y un proceso similar acompaña á la extinción del dolor, es decir, el de una continuidad de repulsión en la Conciencia que asimismo se convierte en un vago movimiento de contracción. Estos estados dan origen al Deseo, primer aspecto diferenciado de la Conciencia; Deseo de continuar, de experimentar de nuevo la misma sensación, el placer; Deseo de evitar, el dolor. Y aquí pudiera observarse que este despertar del Deseo, como un aspecto de la Conciencia, señala débilmente dos aspectos permanentes: el recuerdo del dolor y del placer experimentados sirviendo de génesis al Pensamiento, y éste estimulando al germen de la Actividad. Así, pues, la Conciencia se diferencia en sus tres aspectos, desde la unidad primaria de la Sensación, repitiéndose en pequeño el proceso kósmico, en el cual la triple Divinidad surge de la Existencia Una. El axioma Hermético simplifica aquí como siempre nuestra idea: «Tal es arriba, tal es abajo».

El deseo así engendrado procura después su satisfacción, pero no hasta este momento, hasta haberse puesto en contacto con el objeto productor de la sensación, porque la Conciencia permanece aún encerrada en su propio dominio, consciente únicamente de lo interior, de los cambios verificados dentro de ella misma y sin haber aún fijado su atención en lo externo ni aun saber su existencia misma. Mientras tanto, ese exterior del cual la Conciencia no se ha dado cuenta, obra constantemente sobre sus vehículos y más especialmente sobre el vehículo físico que es el más fácilmente afectable por lo externo y más difícilmen-

te por lo interno. Luego, gradualmente, los repetidos y violentos choques del exterior terminan por atraer su atención en este sentido; su irregularidad, los inexperados y constantes ataques, lo irrelacionado de sus lentos movimientos de tanteo, sus apariciones y desapariciones, contrastan con la obscura sensación de regularidad, de continuidad, de persistencia, de lentas oleadas de cambio, fluyendo y refluyendo en lo que todavía no es «él mismo» y todo lo cual produce una sensación de *diferencia,* una conciencia de algo que permanece á través de la confusión, una sensación de algo que es interior y algo que es exterior. Esto origina necesariamente puntos de contacto entre lo permanente de la Conciencia y la variable confusión de lo físico, del cuerpo físico. Desde este momento el «Yo» va determinándose lentamente, y con la determinación del «Yo» viene la determinación de las «otras cosas». Así llega á hacerse consciente de cosas exteriores á él en vez de hacerse consciente de sus cambios mismos.

El proceso de la percepción de los objetos es complejo. Debe recordarse que los objetos afectan al cuerpo de varios modos y que el cuerpo recibe algunas de sus vibraciones por medio de lugares diferenciados para recibir tales vibraciones. La vista, el oído, la piel, la lengua y la nariz experimentan oleadas vibratorias, mediante las cuales determinadas células de los órganos afectados responden en vibraciones similares. Las sensaciones despertadas llegan por medio de los centros sensitivos hasta el cerebro, y de allí á los sentidos de la envoltura astral, transformándose en color, visión, sonido, forma, gusto, tacto, etc., para ser enviadas aún, como oleadas separadas, á la envoltura mental, y allí nuevamente combinadas para formar una imagen única, una percepción singular del objeto. Porque la especialidad de la mente es la de combinar las distintas oleadas, la de sintetizar las sensaciones diferenciadas. De aquí que, en la psicología hinda, la mente sea denomidada «el sexto sentido», «los sentidos, de los cuales la mente es el sexto» (1). Cuando consideramos los cinco órganos de acción, ya relacionados con la mente, nos encontramos con un nuevo proceso; la mente recibe su impresión como un todo y envía su onda á los sentidos, motores de la envoltura astral, y ellos la descomponen y analizan sus partes constituyentes enviando á los centros motores del cerebro

(1) Bhagavad-Gita, XV, 7.

sus ondas separadas; estos centros las distribuyen á su vez por medio del sistema nervioso á los varios músculos que deben cooperar á producir la acción. Y he aquí que considerada la mente desde el punto de vista de esta doble relación, se convierte en el undécimo sentido «los diez sentidos y el uno» (1).

Con el cambio de la Conciencia en Auto-Conciencia viene el reconocimiento de una distinción que posteriormente—en una Auto Conciencia más evolucionada—llega á ser la distinción entre lo objetivo ó «real» (en la acepción vulgar y occidental de la palabra) y lo subjetivo ó «no real» é «imaginario». Para la anémona de mar ó el acalefo denominado pez-jalea, ó la hydra, las olas, las corrientes, la luz del sol y el aire, así como el alimento y la arena que afectan á la periferia de sus tentáculos, no existen como «reales», sino únicamente como cambios registrados en la Conciencia, y lo mismo en verdad sucede con el cuerpo del sér humano naciente; y digo registrados y no reconocidos, porque en las etapas rudimentarias de la evolución no es posible hablar de observación mental, ni de análisis, ni de juicio. Estos séres inferiores no son aún suficientemente «ellos» para ser conscientes de «otros» y tan sólo perciben la sensación de cambio experimentado en la esfera de su misma Conciencia imperfectamente determinada. El mundo externo crece en «realidad» cuando la Conciencia, separándose de él, hace real esta separación cambiando su vago «Yo *soy*» en un «*Yo* soy» determinado.

Cuando esta Conciencia Propia «Yo» adquiere gradualmente lucidez en su autoidentificación, en su separatividad, y distingue entre los cambios en ella y el choque de los objetos externos, está próxima á dar su último paso, á relacionar sus cambios en ella misma con los variables choques del exterior. Entonces al desenvolvimiento del Deseo por el placer siguen los deseos definidos hacia los objetos que lo proporcionan, y por último, los pensamientos para adquirirles; y estos pensamientos llevan al esfuerzo, al movimiento hacia dichos objetos, provocado por su presencia, y á su pesquisa cuando éstos faltan, y por consiguiente, á la lenta evolución del vehículo exterior que tiende á transformarse en un cuerpo bien organizado para el movimiento, para la consecución de éste y para su logro. El deseo por lo que es ausente, el esfuerzo para procurarlo, el éxito ó el fracaso, todo

(1) Bhagavad-Gîta, XIII, 7.

imprime sobre la naciente Conciencia la distinción entre sus deseos y pensamientos—de los cuales es ó puede ser consciente—y los objetos externos que van y vienen sin relación alguna con ella y turbando y desconcertando sus sensaciones. Ella distingue á éstos como «reales», como existiendo en una esfera sobre la cual no tiene dominio y que, sin embargo, le afecta sin tener en cuenta sus deseos ó sus repulsiones. Y esta sensación de «realidad» establécese primeramente en el mundo físico, por ser en él en donde estos contactos entre el «Yo» y las «otras cosas» son primeramente reconocidos por la Conciencia. La Conciencia Propia comienza su evolución en y á través del cuerpo físico, y tiene su principal centro en el cerebro.

El hombre normal, en la presente etapa de evolución, aún está identificado con este centro cerebral de la Conciencia, y de aquí que esté restringido á la observación, á la vigilia; ó sea, la Conciencia en el plano físico conócese como «Yo», clara y consecutivamente, y sólo en el plano físico que es el del estado de vigilia. Y únicamente en este plano es difinitivamente autoconsciente y distingue sin vacilaciones entre ella misma y el mundo exterior; de aquí que en este plano, y solamente en este plano, las cosas externas sean para ella «reales», «objetivas», «exteriores».

En otros planos, el astral y mental, el «yo» es consciente pero no autoconsciente; reconoce cambios en él mismo pero aún no distingue entre los cambios intuitivos y los originados por los choques del exterior sobre su vehículo astral y mental. Para él todos son igualmente cambios. De aquí que todo fenómeno de Conciencia que se desarrolle en los planos superfísicos—planos en los cuales aún no está la Conciencia Propia definitivamente determinada—sea para la generalidad de los hombres «irreal», «subjetivo», «interno», exactamente como para el pez-jalea, si fuese pensador, lo serían los fenómenos del plano físico. La generalidad considera los fenómenos de lo astral y mental como productos de la «imaginación», esto es, como formas de su propia creación y no como resultados de choques del mundo exterior sobre sus vehículos astral y mental, más sutiles seguramente que el mundo exterior, pero tan «reales» y «objetivos» como este mundo físico mismo. Lo que hay de cierto es que no se evoluciona lo suficiente para llegar á la realidad propia de estos planos y llegar, por tanto, á comprender la objeti-

vidad de los mundos externos. Generalmente el espíritu no evolucionado sólo es consciente de las alteraciones en él mismo, de los cambios de Conciencia, y el mundo externo no es otra cosa, por consiguiente, para él que el juguete de sus propios deseos y pensamientos. Es, por tanto, un niño por lo que se refiere á los planos astral y mental

Annie Besant.

(Se continuará).



TEORÍA ELÉCTRICA DE LA MATERIA

Acaban de publicarse las dos notabilísimas conferencias que Sir Oliver Lodge, miembro de la Real Sociedad de Londres (F. R. S.), dió en el colegio de Belfort, en Febrero de este año, sobre *La electricidad y la materia*, y en Junio último, en Oxford, sobre *Ideas modernas acerca de la materia*. En ambas conferencias el ilustre académico descorre una vez más el velo de lo invisible, y podría preguntársele si sus demostraciones son las de un ocultista ó las de un hombre de ciencia moderna, de esa ciencia que parece aplicarse á penetrar en las regiones más secretas de la naturaleza, á mostrar las propiedades más escondidas de la materia, y á subdividir, en fin, los átomos que hasta ahora han formado la base fundamental de toda ciencia.

El año 1870 Sir W. Crookes, F. R. S. y M. S. T., habia ya llamado la atención sobre los fenómenos que se verifican en los tubos donde se ha hecho el vacío, y había considerado á los rayos catódicos como constituyendo un cuarto estado de la materia, siendo inútil recordar con cuánto escepticismo fué acogida semejante posibilidad. Más tarde, Thompson y Schuster sometieron el asunto á numerosos experimentos y concluyeron por ver la razón que asistia á Crookes: la materia que emana un tubo bajo la forma de rayos catódicos, ni es sólida, ni liquida, ni gaseosa; no se halla constituida, como se creia, por átomos lanzados por el cátodo que, atravesando el tubo, producen allí donde llegan, fosforescencia ó rayos X. Semejante materia está constituida por algo más pequeño que el átomo, por corpúsculos ultra-atómicos, á los que Johuston Stoney llama *electrones*. Las indagaciones de Becquerel

sobre la radio-actividad de la materia, y las deducciones señaladas por Mr. y Mad. Currie en su descubrimiento de las propiedades tan sorprendentes del *radium*, ha venido á robustecer esta aserción.

Para Olivier Lodge, la materia y la electricidad son dos manifestaciones de una misma fuente original, bajo diferentes condiciones; para él el *electrón* ha llegado á ser un objeto familiar, constituye la carga *iónica* de la materia. Se pueden concebir *electrones* múltiples, pero de ningún modo fracciones. Su masa, su carga eléctrica y su velocidad han sido frecuentemente medidas por diferentes procedimientos, y siempre con idénticos resultados. En la naturaleza es la unidad más sencilla, la más fundamental y la mejor definida. Lodge ha demostrado que estos *electrones* pueden aislarse de sus átomos de materia por un electrodo, en los líquidos por medio de los electrolisis y por medio de un tubo Crookes en los gases, moviéndose en cuanto alcanzan la libertad con una velocidad enorme, comparable únicamente á la de la luz.

Las relaciones que existen entre el *electrón* y el átomo constituyen un asunto interesante. Un átomo hállase compuesto de *electrones* semejantes entre sí, con la única diferencia que unos son positivos y otros negativos; en cuanto á las dimensiones recíprocas del electrón y el átomo, imaginemos que si el uno tiene el tamaño de un punto tipográfico, al átomo habrá de representársele con el grandor de un edificio de 50 metros de largo, 25 de ancho y 12 de altura; y como en un átomo de hidrógeno hay cerca de 700 *electrones*, imaginemos esos 700 corpúsculos alojados en tal edificio, y tendremos así una idea de la relación entre el *electrón* y el átomo. Aunque minúsculos estos electrones, no dejan desprovista ninguna parte del átomo: lo llenan y ocupan completamente como soldados que conquistan un territorio. Pero los electrones no se hallan agrupados en un conjunto, y aunque sean 700 en un átomo de hidrógeno, 20 ó 30.000 en uno de sodio y 16.000 en uno de *radium*, están separados guardando ciertas distancias proporcionales, como los planetas de nuestro sistema solar. Así como la distancia entre la tierra y el sol está en relación con la dimensión de ésta, la distancia de un electrón á otro obedece á la dimensión del mismo en un átomo de mercurio ó de platino. Así llegamos á una astronomía atómica, donde el átomo queda equiparado á un sistema solar. Si la química es en este respecto la astronomía de lo infinitamente pequeño, ¿no se podrá sospechar que la astronomía es la química de lo infinitamente grande; que la Tierra y todos los planetas no son sino los electrones que constituyen un átomo de un gigantesco Universo?

Nada más seductor que suponer que los *electrones* son el *substra-*

tum fundamental de que está constituida toda la materia; en este orden de ideas, todos los elementos han de considerarse como grupos diferentes de un único al que constituyen. Estos grupos, más ó menos estables entre sí, son los elementos químicos que conocemos. Esto no es, empero, la unidad de la materia, comúnmente sospechada y que tan claramente enseña y afirma la Teosofía, y no es tampoco una simple especulación todavía, pues el *substratum* tan buscado no es un *protilo* hipotético y desconocido, sino la carga eléctrica que nos es tan familiar. Esperamos que en un porvenir no lejano estos precursores de la ciencia nos dirán cuál es la carga eléctrica y nos definirán su estructura interna, la constitución de un *electrón*.

Los estrechos límites de un artículo, nos impiden en éste desenvolver las conclusiones de Sir Oliver Lodge sobre los últimos descubrimientos de Mr. y Mad. Currie y el profesor Rutheford de Monreal. Unicamente diremos que si los fenómenos de la electrolisis y los debidos á las propiedades de las corrientes eléctricas han conducido al conferenciante á admitir la unidad fundamental de la materia, y la posibilidad de la transmutación de los elementos, los más recientes de la radio actividad de la materia le han llevado á demostrar la evolución de la materia misma, la posibilidad de su regeneración y transformación en formas cada vez más estables.

Ch. Blech.

(De la *Revue Theosophique francaise)*.



«DE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO» (1)

POR EL PITAGÓRICO OCELO LUCANO

(*Traducción directa del latin, hecha especialmente para* Sophía.)

CAPÍTULO SEGUNDO

Existen juntamente en el Universo (Ὕλη) dos cosas, á saber: una de ellas es la generación, y la otra la que es causa de la misma generación; la generación que puede verse, en lo que se cambian y transforman las cosas mismas, y en lo que son en definitiva, y la verdadera

(1) Véase el número IX de Sophia, del año corriente.

causa de la generación de las cosas que está en su conservación y permanencia, siendo ésta la que hace y obra y más perspicuamente se manifiesta (1).

Los mismos hados, impasibles y firmes, distinguen y separan las partes del Mundo (Κόσμος). Así el curso de la luna, que por medio de presencia y su salida gobierna al Universo (Πᾶν), por aquéllos es regido y á la misma pertenece, como á los dioses pertenecen los hombres. De un modo semejante á ese gobierno de la luna compete á la naturaleza que lo nacido cambie y que lo generado perezca.

Por lo que se refiere á las partes del Mundo (Κόσμος), en las que domina la generación y la naturaleza, han de tenerse en cuenta estas tres cosas (2):

1.ª En primer lugar, todas las cosas, desde su nacimiento ú origen, vienen sujetas á tener un cierto cuerpo sensible (3). Esto se ve en todas las cosas y de ello hay señales en la misma generación, así como en lo que de las mismas procede ó de ellas se sigue: el sabor del agua, el silencio del sonido, las tinieblas de la luz, las cosas artificiales de la materia. El sabor del agua y sus cualidades de dulzura ó amargor obedecen á una proporción; las del aire, aunque carece de información alguna, se refieren al sonido, á la elocución y á la armonía; igualmente las tinieblas se dan cuando el color se esparce y no hay forma figurada alguna, no distinguiéndose luz blanca ó colorada en la contemplación que hacemos. Asimismo en aquellos artificios hechos con la materia—en el arte estatuaria por ejemplo—se finge la brillantez sobre la cera. Pero de otro modo se compara á la materia la escultura: en la generación de la verdadera perfección que en su naturaleza se halla contenida. 2.ª Lo que seguidamente se requiere son cosas contrarias para que se completen en mutaciones y alteraciones mientras la materia sufre y recibe el afecto, y no mutuas facultades pasivas que alternativamente no pudiesen prevalecer, como el frío y el calor, la humedad y la sequedad. 3.ª Siguen últimamente las substancias cuyas facultades son: fuego y agua, aire y tierra, facultades que se diferencian bastante en los cuerpos, y que en el lugar de la generación alternativamente se destruyen y derriban, aunque ni nazcan ni perezcan.

Las facultades son cuatro: calor y frío y humedad y sequedad, las cuales contienen, respectivamente, la causa y el efecto, la materia y la

(1) Nótese que la palabra *causa* se toma aquí como *razón*. (R. U.).

(2) La lección de Nogarola no hace párrafo aparte. (R. U.).

(3) Esto es, capaz de producir sensaciones en los seres sensitivos. (R. U.).

pasión. Y son las facultades ó poderes que juntamente en principio recibe la materia, el algo común á que se hallan sometidas todas las cosas, inicial y primeramente el cuerpo, en el sentido de potestad que puede recibir. Acontece que tales facultades son cosas contrarias: calor y frío, humedad y sequedad, oponiéndose á su vez el fuego al agua, la tierra al aire. Elementos que alternativamente se mudan, aunque no se cambien como cosas contrarias.

Dos son las diferencias de los cuerpos además de las señaladas, de las de su origen. Tienen en su principio calor y frío, humedad y sequedad, y son desde su origen, pesados y leves, claros y densos, suaves y ásperos, duros y blandos, tenues ó gruesos, agudos ú obtusos, y se enumeran así diez y seis propiedades: calor, frío, humedad, sequedad, pesadez, ligereza, claridad, densidad, suavidad, aspereza, dureza, blandura, tenuidad, espesor, agudez y obtusidad, todas las cuales conoce y juzga el sentido del tacto, el que ciertamente es el primero del cuerpo en el que tal potestad de diferenciar y distinguir reside (1).

(Se continuará.)



OBSERVACIONES SOBRE EL MISTICISMO

DEL BELGA MAURICIO MAETERLINCK.

«Yo puedo creer de una manera religiosa é infinita que no hay Dios, que mi aparición sobre la tierra no tiene objeto fuera de ella misma, que la existencia de mi alma no es más necesaria á la economía de este mundo sin límites que los matices efímeros de una flor. Vosotros podéis creer deleznablemente que un Dios único y Todopoderoso os ama y os protege. Yo estaría más tranquilo que vosotros si mi incertidumbre fuese más grande, más grave y más noble que vuestra fe, si ella hubiese interrogado más íntimamente mi alma, si me hubiese abierto más amplios horizontes, si hubiese amado más cosas. El Dios en que no creo se volvería más poderoso, más consolador que aquel en que

(1) Recuérdese la opinión de Lucrecio: «El tacto, ¡oh, el tacto!, regalo espléndido de los dioses en el sentido universal del cuerpo.» (R. U.).

creéis, si merezco que mi duda repose sobre pensamientos y sentimientos más vastos y más puros que los que animan vuestra certidumbre. Creer ó no creer es cosa que tiene escasa importancia; lo que se precisa es la lealtad, el conocimiento, el desinterés y la profundidad de las razones por las que se cree ó por las que no se cree.»

Las palabras precedentes dan á conocer bien determinadamente el idealismo que en el fondo de este negador místico subsiste. Es un poco difícil á los escritores que no tienen la feliz costumbre de las especulaciones éticas, el acceso á estos espíritus que, como el de Maeterlinck, escriben solamente lo que alguien ha llamado «breviarios de la vida interior». Amamantado en Ruysbroek, en Carlyle, en Emerson *(le bon pasteur matinal des prés pâles et verts d'un optimisme nouveau naturel et plausible)* en Novalis, en Renan — todos le dejaron un don de amistad—sus producciones exhalan un perfume extraño de vaguedad y de ensueño. Así una ráfaga de aire puro que penetrara en un palacio viejo por una ventana bruscamente abierta sobre un jardín, donde floreciesen en los bancales violetas abandonadas. El secreto de las cosas expresado con las más sutiles palabras, el de los silencios expresivos, dan á las obras de Maeterlinck un matiz tan sencillo, tan taciturno y al propio tiempo tan altamente decorativo, que jamás ha sido igualado por ningún otro artista. Todo arte debe tener cierta vaguedad, no cierto misterio—pues comúnmente se confunden estos dos términos como el infinito con lo indefinido—y el artista que es al mismo tiempo místico posee el don de la vaguedad de una manera más profunda que ningún otro. Esforzándose en revestir sus concepciones místicas de una forma concreta, Maeterlinck ha inventado—esta es la palabra adecuada—un teatro caprichosamente preciso y arbitrario, parodia extraña de la vida; Maleine, Melisanda, Astolaine y Alladine recuerdan esas almas virginales empalidecidas por el tiempo, cuyo destino se historia en los cuentos de hadas—símbolo del aspecto bajo el que la vida real se presenta al místico. La historia de estas vidas, que se desenvuelven á la sombra de los palacios señoriales, dramáticas sin violencia, crueles sin acritud, reconocen una tradición, son parientes próximos, á lo que á mí de estas cosas se me alcanza, de aquellas heroínas de Shakespeare, de Chaucer y de todos esos poetas de los siglos soñadores, que forman el ciclo de las leyen-

das septentrionales. Siempre se ve á estas melancólicas princesas en un horizonte propicio al sueño, *une fontaine dans le parc, une terrasse du château.* Hay en *La Sagesse et la Destinée* una explicación luminosa de esta manera de hacer teatro (1). «En el fondo—dice—¿qué es una vida sencilla? Llamamos así á una vida que se agota, que se extingue entre cuatro ó cinco personas, una vida en la que los sentimientos, los pensamientos, las pasiones y los deseos se fijan sobre objetos insignificantes. Mas para el que la mira toda vida es grande.»

Este teatro simbólico ha dejado perplejos á no pocos espíritus. A unos les ha parecido pueril mixtificación de palabras y de actitudes. A otros—á Octavio Mirbeau, por ejemplo—un teatro violento, retórico, eminentemente humano: el teatro de Shakespeare y de los escritores dramáticos de tiempos de Isabel. «He llegado á creer—dice el mismo (2)—que un viejo sentado en su sillón, esperando sencillamente bajo la lámpara, escuchando sin saberlo todas las leyes eternas que reinan en torno de su casa, interpretando sin comprenderlo, lo que hay en el silencio de las puertas y de las ventanas y en las palpitaciones de la luz, sufriendo la presencia de su alma, inclinando un poco la cabeza, sin dudar que todas las potencias de este mundo intervienen y velan en la habitación como sirvientes atentas, ignorando que el sol mismo sostiene encima del abismo la mesa sobre la que él se inclina, y que ni un astro del cielo ni una fuerza del alma son indiferentes al movimiento de un papel que cae ó de un pensamiento que se eleva, he llegado á creer, repito, que este viejo inmóvil vive en realidad una vida más profunda, más humana y más general que el amante que estrangula á su querida, que el capitán portador de una victoria, ó que el esposo que venga su honor.» Cada frase tiene en Maeterlinck la belleza intrínseca de una emoción intelectual, graduada de la primera á la última página. Hay como una suerte de calma religiosa en estas frases discretas, donde el autor introduce esa divina monotonía, que es como la definitiva cristalización del estilo. Nunca la simplicidad de la frase fué, como en el belga Maeterlinck, tan ornada de belleza y de excelsitud. Perteneciente á la hierarquía eterna, á la sucesión no interrumpida de místicos, Maeterlinck ha penetrado con una comprensión más

---

(1) *Petite vie,* dice él.

(2) Trésor des Humbles. *Le tragique quotidien.*

profunda que ningún otro místico lo que es esencial en la doctrina del misticismo. No estando sujeta su contemplación á ningún límite de tiempo, explora los países desconocidos donde el silencio reina y los misterios se explican.

El místico es á la vez el más orgulloso y el más humilde de los hombres—ha dicho Symons—; es como un niño que se resigna á dejarse guiar por una mano invisible, la mano de alguien que marcha á su lado. Se resigna á la humildad del niño, y al orgullo del humilde, un orgullo que se manifiesta en la calma rehusadora de todos los caminos aceptados. Concibe la vida, no como un camino sobre el que cada cual anda á su antojo, sino como un navío errante y vagabundo, rodeado por mares, desde los que ninguna tierra se divisa. Boehme ha dicho muy sutilmente «que el hombre no es quien percibe la verdad, sino Dios quien percibe la verdad en el hombre». Esto quiere decir que lo que nosotros percibimos y cumplimos, no lo percibimos y cumplimos conscientemente por nosotros, sino inconscientemente en medio de nosotros. Estamos obligados á avivar esta *luz interior*, con la que los místicos han simbolizado esa fe que nos guía en el tiempo y nos atrae hacia la eternidad. Esta luz interior no es la descendiente milagrosa del Espíritu Santo, sino la ascensión perfectamente natural del espíritu en nosotros mismos. El espíritu en todos los hombres no es más que un rayo de luz universal.

Todos los místicos están preocupados por lo que hay en la vida de divino y por las leyes que se aplican igualmente al tiempo y á la eternidad y de lo que interesa particularmente al tiempo visto desde la eternidad, ó á la eternidad vista desde el tiempo. Maeterlinck muestra cuán misteriosa es toda la vida—á esto lo llama él *confiance dans le mystère* — porque «no hay horas sin milagros íntimos y sin significaciones inefables» y sobre esos datos *imprécises mais efficaces*, *insaisissables mais inevitables*, establece su ética regulada por el péndulo de una justicia divina.

Estos escritores, «cuyas obras tocan casi en el silencio», disertan muy discretamente sobre las almas. «Las almas se pesan en el silencio, como el oro y la plata en el agua pura, y las palabras que pronunciamos no tienen sentido ni gracia sin que estén impregnadas de silencio. Intentamos conocer para aprender y no para conocer». Y en otra parte: «Poseemos un *yo* más

profundo y más inexpugnable que el *yo* de las pasiones ó de la razón pura. Llega un momento en que los fenómenos de la conciencia habitual, que podríamos llamar conciencia pasional ó conciencia de las relaciones de primer grado, no sirven para nada en nuestra vida. Concedo, no obstante, que esta conciencia es interesante desde algún punto de vista, y que es necesario reconocer sus repliegues. Como planta de la superficie, sus raíces tienen miedo al gran fuego central de nuestro sér. Yo puedo cometer un crimen sin que el más leve soplo incline la más pequeña llama de este fuego, y sin embargo, un cambio de miradas, un pensamiento que no llega á brotar, un minuto que pasa en silencio, puede agitarla en torbellinos terribles y hacerla desbordar sobre mi vida. Nuestra alma no juzga como nosotros, es una cosa caprichosa y oculta. Puede ser agitada por un soplo é ignorar una tempestad.»

Como no tengo la pretensión de resumir aquí una obra tan profunda como la del místico Maeterlinck, termino recomendando á todos aquellos á quienes interese esos *petits êtres mysterieux comme tout le monde* las obras del que tan maravillosamente supo elevar su alma hacia la sabiduría y hacia la vida interior.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.



EL MITO DE THOR

TODOS estos viejos cantos norsos encierran en sí alto grado de verdad, pero de verdad íntima y constante con un fondo de grandeza que os impone, y privativo únicamente en todo aquello que atraviesa los siglos por medio de la tradición. Grandeza, no por las formas gigánteas del cuerpo, sino por las cualidades sublimes del espíritu en su estado primitivo de rudeza y sencillez. ¡Hay en estos viejos corazones tal grado de sublime y silenciosa melancolía, tal fuego en su mirada, que parece arrancar de los antros más profundos del pensamiento y escrutar los arcanos más íntimos del alma! No parece sino que estos viejos norsos

habían visto y conocido lo que la meditación ha enseñado á todos los hombres en todas las edades: que este mundo, después de todo, viene á ser una perspectiva engañosa, un fenómeno, no realidad, sino apariencia. Todas las almas profundas han visto eso mismo: el mitólogo oriental como el filósofo alemán; los Shakespeare, como todos los demás pensadores, no importa de qué tiempo ni de qué patria.

Nosotros somos de la materia de que se forjan los sueños.
We are such stuff as dreams are made of! (1)

Una de las expediciones de Thor á Utgard (el jardín exterior, punto céntrico y patria de los gigantes, Jœtuns), es notable á este respecto. Con él iban Thialfi y Loke. Después de varias aventuras, llegaron á tierra de Gigantes; una vez allí, anduvieron vagando por inmensas llanuras, por incultos y desiertos lugares, atravesando y rompiendo por montes y peñascales. A la entrada de la noche percibieron una casa; y como la puerta, que era todo un lienzo de la misma, estuviese abierta, se metieron dentro. Era una habitación sencilla, un gran salón enteramente vacío. Se quedaron allí; mas de repente, y en el silencio más profundo de la noche, los alarmaron unos ruídos muy extraños. Thor echó mano á su maza y se plantó, dispuesto á pelear, en medio de la puerta. Sus compañeros, poseídos de terror, corrían de aquí para allá por aquella ruda estancia, en busca de un rincón donde guarecerse; por fin hallaron uno y allí se refugiaron. Thor no tuvo con quién batallar, porque á la mañana llegó á descubrirse que los ruídos extraños de la noche no eran más que el ronquido de un gigante enorme, pero pacífico, que allí al lado dormía: el gigante Skrymir. Lo que ellos habían tomado por una casa no era otra cosa sino el guante del mismo que á su lado yacía; la puerta descomunal era la muñeca y el rincón en que se escondieron el dedo pulgar—¡vaya por guante!—noto que no tenía más dedos que el pulgar. ¡Un guante rústico y de los más primitivos! Skrymir les llevó todo el día su equipaje; Thor, no obstante, tenía sus sospechas, y no estaba muy conforme con las maneras de Skrymir; por esta causa determinó acabar con él por la noche mientras dormía. Alzó en alto la maza y descargó golpe tan descomunal en el rostro del

(1) *La Tempestad*, de Shakespeare.—(*N. del T.*).

gigante, capaz de hender las peñas. El gigante apenas si despertó, y frotándose la mejilla, dijo: «¿Cayó alguna hoja?» Thor volvió, no bien se quedó dormido, á descargar un segundo golpe, más tremendo que el primero; el giganto no hizo más que murmurar: «¿Fué algún grano do arena?» El tercer golpe de Thor (hasta blanquearle los nudillos supongo) fué con entrambas manos, y pareció dejar huella en el rostro do Skrymir, que cesó de roncar, diciendo: «Sin duda hay gorriones sobre este árbol, ¿qué me habrán echado en la cara?» Por la puerta de Utgard — una puerta de altura tal que os era preciso estirar el cuello y echar atrás la cabeza si quisiéreis ver el techo—por esta puerta prosiguió Skrymir su camino. Thor y sus compañeros fueron admitidos é invitados á los juegos que se estaban celebrando. A Thor le presentaron para beber un cuerno, diciéndole que era cosa común entre ellos vaciarlo de un sorbo. Larga y valientemente por tres veces acometió Thor al cuerno, sin producir el menor efecto. Sois una pobre y débil criatura—le dijeron.—¿No podríais alzar ese gato que véis ahí? Por pequeña que la hazaña pareciese, Thor, á pesar de su fuerza sobrenatural, no pudo apenas alzar un poco el espinazo del animal, pero de ningún modo los pies; á duras penas uno solamente. «¡Vaya, tú no eres hombre!—le dijeron á una las gentes de Utgard. — ¡Ahí está una vieja que quiere luchar contigo!» Thor, avergonzado de veras, echó mano á la vieja; pero no le fué posible echarla al suelo.

Y entonces, al salir de Utgard, el principal de los gigantes (Jœtuns) los acompañó cortésmente hasta alguna distancia, y dirigiéndose á Thor, le dijo: «Al fin has sido vencido; pero no te avergüences por eso, porque todo fué ilusión y decepción de los sentidos. El cuerno que probaste agotar de un sorbo, no era más que el mismo mar; y sin embargo, le hiciste menguar; pero ¿quién podría beber lo insondable? El gato que probaste á levantar del suelo era la *Midgard-snake*, la gran serpiente del mundo, la cual, con la cola en la boca, ciñe y conserva la creación entera; si la hubieras dado vuelta, todo vendría á convertirse en ruína y confusión. Por lo que hace á la vieja, esa era el Tiempo, la Vejez, la Duración; ¿quién podrá luchar con el Tiempo? Con el Tiempo, ni el hombre ni los dioses: ¡hombre ó dioses, el Tiempo es más fuerte que todos! Y por lo que toca á los tres golpes de tu maza, mira estos tres valles, ¡tus tres martillazos los hicieron!» Thor volvió la cara al gigante y le miró atenta-

mente: era Skrymir. Era, dicen ciertos críticos norsos, ¡la tierra deforme en su edad de piedra, y aquel guante enorme alguna de sus cavernas! En tanto, Skrymir desapareció: Utgard y sus puertas, escondiéndose en las nubes cuando Thor las quiso echar al suelo con su maza, desaparecieron también; sólo á lo lejos la voz de Skrymir se dejaba oir como burlando: «¡Mejor será que no volváis á tierra de Gigantes!»

TOMÁS CARLYLE.

(LOS HÉROES.—*Odino*).



EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN)

FUERA de esto, la limitación subsiste aun en los organismos más sencillos y de vida más intensa. ¿Ni cómo había de ser de otra suerte? La esencia de la vida es el dolor. Todos los séres lo atestiguan: los inorgánicos con sus disoluciones, los orgánicos con sus luchas, los racionales con la conciencia del mal. La guerra del sér contra el sér es la ley de la acción universal que se despliega en el orden cósmico y que lleva en sí misma su destino. Los elementos químicos que creemos indiferentes á las tendencias finales son ó no son afines entre sí, según que en sus combinaciones se unen ó no por apetición, por cierta especie de deseo mecánico; la palma que embellece con sus flores dióicas el desierto, hace frente á las fuerzas disolventes que la combaten para producir su fruto; la mitología nos relata las luchas de los hombres de la primera edad con las fuerzas desencadenadas del planeta, con los monstruos y con los dioses; la historia nos muestra el horrible espectáculo de la guerra de las ambiciones y de la guerra de las opiniones, del choque de las armas y del choque de las conciencias; la experiencia nos hace asistir actualmente á un combate sin cuartel entre el individuo y la sociedad; la previsión, por último, nos hace temer, á los que conocemos la condición humana, mayores desgracias para el porvenir. Y esto no puede extrañar á nadie que tenga el sentimiento de la vida que palpita en el corazón de la realidad y se individualiza, merced á la ley de la conservación, en el fondo de cada sér. Porque en nosotros están contenidos en compendio todos los horrores que han creado los demás séres, todas las tendencias que han deter-

minado los demás géneros. Somos la última expresión de esa inmensa reconcentración que ha agrupado las individualidades, y de esa dispersión desconsoladora que volverá á dejar existente la vida en toda su indeterminación, despojándola de toda condición concreta. Mas para llegar á esto, ¡cuán dolorosos caminos han de recorrer las individualidades de que la universalidad se compone! ¡Cuántos ayes, cuántas agonías, cuántas congojas supone su realización! ¡Cuántas transformaciones no han de sufrir los astros, los minerales, los vegetales, los brutos, los hombres! Hasta que la naturaleza haya agotado en su movimiento las horas que tiene señaladas en los relojes de la ciencia; hasta que los vivos se confundan con los muertos por el cambio de las especies; hasta que no quede ninguna piedra, ninguna tumba, ningún epitafio en la insólita morada de la humanidad que atestigüe su paso por la existencia, el mundo seguirá siendo un vasto cementerio incesantemente removido por la guadaña de la muerte, y que se va siempre ensanchando al compás que la voluntad universal llega á la más alta conciencia de sí misma y destruye con el amor la discordia, no para reconocerse, sino para confundirse con la eterna realidad. Sí; el mundo no es más que un *caput mortuum*, un dios solitario que reina sobre moribundos y muertos. Condenado á trabajar eternamente sobre sí mismo, lleva á sus séres á donde le arrastra la incesante actividad, el trabajo interior, el movimiento fatal de la vida. ¿Cómo recobrar la libertad? ¿Cómo abrumar ese poder que pesa como una mano de hierro sobre nuestra frente? ¿Cómo hacernos superiores á una energía que eternamente se devora y se da tormento á sí propia? Esta obra nada presenta de imposible para el hombre amamantado en los principios de las grandes religiones búdica y cristiana. Nosotros, miserables gusanos que no suponemos un átomo en el infinito océano de las cosas, nosotros que luchamos sin conseguir, tenemos un medio de librarnos de las necesidades de la naturaleza y de las fatalidades del espíritu. Este medio consiste en negarnos á nosotros mismos, medio que ha nacido de la conciencia de nuestro fin, y que es tanto más practicable cuanto más se desprende de la voluntad de los lazos que la unen al orden de la representación y del determinismo. A medida que dejamos sobre nuestras cabezas la superficie del mar sensible, las pasiones se amortiguan paulatinamente, el egoísmo desaparece poco á poco de nosotros; bajo la turbulencia de sus olas notamos un cambio menos continuo en las relaciones del alma con la naturaleza, y si llegásemos á salvarle en toda su profundidad, nos detendríamos al fin ante el lecho de ese mar, que es el lecho en que hemos de dormir para siempre. Tal es la muerte, curación involuntaria de la vida en todos los séres, y que parece al ignorante terrible, pavorosa, mientras que el sabio sólo ve en ella el destino final de todo lo que vive, piensa, siente y quiere.

Mirada en su consumación inmediata y con los severos ojos de la ciencia positiva, para afirmar, como es la verdad, que carecen de realidad en el mundo los risueños ideales de la fantasía, la muerte, y especialmente la muerte del hombre, pues en la naturaleza el sér que más ama la vida es el hom-

bre, y en esa penumbra del sepulcro también late implícita la conciencia de la inmortalidad, ó más bien de la eternidad personal, la muerte del hombre, digo, presenta indudablemente la mejor demostración visible de los dos caracteres que hemos asignado á la muerte en general: pérdida de materia y extenuación de fuerzas. Al acercarse la última hora de la vida, estas fuerzas, que todo lo explicaban antes, han agotado allí su virtualidad. La agonía nos ofrece así una imagen externa de la energía invisible que trabaja por llevar á cabo el empobrecimiento, el decrecimiento, el adormecimiento paulatino y la extinción progresiva de la luz vital. Nótase en el moribundo cómo todas las funciones del cuerpo y del espíritu, con alguna interrupción, semejante al pasajero refuerzo de una lámpara que, por falta de aceite, esparce los últimos fulgores, suspenden su acción una tras otra, hasta que por fin, sin que se vea romperse, sacudirse ó agrietarse nada, se va parando la máquina tan suavemente, con tal pausa—como apagando el ruido de los pasos al marchar—que un sabio (1) ha podido comparar este maravilloso espectáculo al célebre final de la sinfonía de despedida de Hayda, en el cual enmudece lentamente un instrumento tras otro, y un músico tras otro apaga su luz y se va. El alma se desvanece entonces con la vida, y la individualidad humana, destruída por la misma naturaleza que la formó, entra en esa categoría insondable de las cosas que no se sabe cómo se llaman, de las cosas sin nombre, que decía Bossuet. El oxígeno que formó parte de la constitución de nuestro organismo y que sostuvo nuestra vida por la continuidad de la respiración, es el mismo elemento que, después de la muerte, desempeña un papel de destrucción activa é infatigable; y la mano prodigiosa que en el festín de Baltasar escribió el terrible aviso, no necesita turbar con señales externas la soledad del hombre, bastándole, para desbaratar sus despojos devolver el polvo al polvo en que antes sembró el germen de aquella vida. Pero el péndulo de esta vida se ha parado desde que con las últimas oscilaciones del cerebro y con los últimos latidos del corazón, termina el ritmo que nos sostuvo equilibrados en el orden del mundo.

Vivir es, pues, según esto, marchar hacia la muerte, caminar hacia la propia destrucción. Los antiguos dijeron, ya en términos bien precisos, que el hombre enferma y sucumbe por las mismas causas que fomentan su vida. *Per ea quae vivimus, per ea aegrotamur et morimur* (2). El aire, condición indispensable para nuestra vida, es el elemento donde se elaboran los principios extraños á nuestro organismo, y que son el origen de las principales enfermedades, sobre todo de las externas. La luz, sin la cual el ojo no existiría ó al menos no ejercitaría sus funciones y su actividad, es la causa de muchas dolencias de ese órgano, y así como su abundancia llega á irritarle

(1) Liebmann: *Analysis der wirklichkeit*, pág. 469.
(2) ¿Qué es la vida? — se preguntaba Alcuino hace cerca de mil doscientos años — Y se respondía: el poder para el hombre dichoso, el dolor para el miserable, para todos *la esperanza de la muerte*.

y destruirle, su escasez le debilita y atrofia. Los alimentos, en fin, aunque de todo punto indispensables para el sostenimiento ó conservación del individuo, originan á éste el malestar y la muerte cuando su cantidad ó su calidad no se halla en proporción con las fuerzas digestivas del mismo.

Hoy no se niega la posibilidad de prolongar la vida humana por los medios artificiales que sepa inventar la ciencia, si bien aspiración tan generosa tropieza con el inconveniente á que antes aludía del movimiento febril que en lo intelectual y en lo social arrastra á la humanidad de nuestros días. Para conseguir eso sería preciso empezar por impedir que el nervio deje de agotar al músculo como la electricidad suprime al vapor, encaminando todos los esfuerzos de la educación á impedir las *precocidades*, pues la experiencia enseña que cuantos más años tarde el hombre en crecer y desenvolverse más tarda en morir (1). El galeno, por su parte, hacía de su misión, no el luchar contra la muerte, sino el hacer su obra menos brusca. Los adelantos de la medicina, de la cirugía y de la higiene producirían, en fin, con arreglo al ideal de Condorcet (2), el aumento progresivo de la duración media de la vida, de tal manera que la muerte, aunque inevitable y hasta cierto punto deseable para el individuo, resulte sólo, ya de accidentes extraordinarios, ya de la lenta extinción de las fuerzas vitales.

TERCERA PARTE

LAS APLICACIONES DEL HILOZOISMO

I.—Aplicaciones intelectuales.

Mi antigua escuela decía que «lo que conoce es la cosa conocida». Las escuelas de metafísica moderna tienden á sostener la misma tesis, no ya en sentido abstracto, sino con finalidad experimental, cual conviene á los severos cánones de la ciencia positiva. Tres puntos capitales ofrece, en efecto, la lógica naturalista contemporánea, puntos corroborados y que corroboran las concepciones hilozoistas. Primero, el reconocimiento de la armonía, ó mejor dicho, de la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razón. Segundo, la admisión de primeros principios, de verdades necesarias aun en el onden real. Tercero, la afirmación de la antítesis de lo *indiscernible* por encima de lo positivo. Con estos postulados fundamentales se resuelve el problema de le relación intelectual del hombre con las cosas, admitiendo que el conoci-

(1) Lo mismo sucede con los animales. Los pescados viven siglos porque tardan en desarrollarse un gran número de años.
(2) *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humaine*, IX.

miento es obra de estas últimas más que del sér pensante, y que el llamado instinto racional no es en puridad otra cosa que la adaptación inconsciente del sujeto al objeto. Mientras el idealismo niega no sólo la validez de las verdades reales, sino la realidad misma, el realismo, por lo mismo que no puede separar la lógica de la metafísica, ni la metafísica del mundo sensible (1), reconoce dos clases de verdades: una *à priori* en el buen sentido de la palabra, otras *à posteriori*. Las primeras deben admitirse como hechos y no como consecuencias de principios previamente erigidos en leyes del pensamiento. En cuanto á las segundas, son conquistas penosas y difíciles de la paciente laboriosidad del investigador. Pero, en el fondo, suponen ambas el esfuerzo de la libertad humana, condición *sine qua non* de toda verdad propiamente objetiva (2).

Lo que precede se refiere á los primeros principios; ahora, para no extenderme sobre este punto á largas é inoportunas consideraciones filosóficas, voy á ceñirme á un principio particular, base no despreciable de la ciencia en sus relaciones con la concepción hilozoista: me refiero al principio de la individualidad. Desacreditada la teoría atómica, incapacitada la ciencia para suponer que los cuerpos se componen de partes indivisibles, simples y diferentes en esencia, fuerza es apelar á elementos activos para dar una explicación razonada del principio de la individualidad. Digo, pues, contra Santo Tomás y los materialistas modernos, que la acción y no la materia es lo que distingue á unos individuos de otros. En el blanco da Pesch observando (á

(1) Esta misma idea consagra aquel pasaje del *Bhagavad Gîta*, en que se afirma que «los sentidos son poderosos, pero el alma es más poderosa que los sentidos, la inteligencia es más poderosa que el alma, y por encima de la inteligencia se eleva el sér.»

(2) Concuerda esta aseveración con lo que en mi escrito acerca de *El problema religioso en España*, c. II, expreso en los siguientes términos: «¿No es por la libertad por donde á la verdad se llega? *Veritas liberavit vos* — decía con razón Jesucristo; — pero si la verdad nos hace libres, sólo la libertad nos hace veraces, y viviéndola y realizándola es como se evita la inmoralidad del error y se consolida la responsabilidad de la ciencia... Cuando la extensión subjetiva del pensamiento está reconocida como verdad posible, es cuando se cumple aquello de que el sujeto pensante no debe percibir lo que redundaría en perjuicio de su perfección y de su dignidad. *Hay cosas que vale más no ver que verlas* — decía Aristóteles refiriéndose á la inteligencia divina, á lo que él llamaba el «pensamiento del pensamiento»; — pero la inteligencia humana no es pensamiento puro, y necesita, para llegar á la verdad, trabajar sobre todos los objetos cognoscibles, sean inofensivos, sean peligrosos. Más diré: jamás hubiera existido sin aquellos objetos: La verdad supone la duda, ó mejor todavía, la negación de su posibilidad antes del trabajo del espíritu que la busca. Por eso las grandes inteligencias dogmáticas han sido generalmente pensadores apasionados é infecundos, al paso que la ciencia ha encontrado representantes de primera talla en hombres mediocres en lo que cabe, pero dotados de un criterio libre, despreocupado y personal. La verdad estricta está rigurosamente conforme con la veracidad del sabio; los errores mismos llevan en la significación de sus consecuencias el germen de nuevas verdades; y el pensamiento humano en las inagotables riquezas de su libertad, parece uno de esos enormes y singulares árboles del Trópico, cuyas ramas dan nacimiento á una flor cada vez que cae su fruto.»

pesar de sus opiniones peripatético-tomistas que hacen considerar sus declaraciones como confesiones de un adversario) que la unidad primaria de cada cosa se revela en la unidad de acción. Donde hay *una* acción, allí hay *una* substancia. Así el cuerpo natural es una substancia dinámica determinada por las fuerzas de atracción y repulsión y constituída por la materia y por la forma; el organismo es una substancia compuesta cuyos elementos ó partes reciben su unión del principio activo que les anima; el alma humana es una actividad única é idéntica, una fuerza que se conoce como tal, una causa eficiente que produce en sí y por sí sus actos ó efectos (1). Según esto, es cosa clara que al referirnos á un principio individual, debemos pensar siempre en la acción, que será fuerza en las cosas inorgánicas, á petición en las orgánicas y voluntad en el hombre. Dios mismo no podría considerarse como un sér personal si se le negase el libre albedrío y se hiciera predominar en él los atributos intelectuales sobre los morales.

Obsérvese que de ningún modo quiero significar con esto que la materia, la forma y las demás propiedades ontológicas sean extrañas á la individuación; sólo insinúo que la acción constituye su raíz ó su fondo íntimo. Las diferencias individuales son ilimitadas ó al menos más numerosas que las diferencias genéricas y específicas, y esas diferencias no pueden depender sino de la multiplicidad de relaciones en el espacio y en el tiempo, pues la voluntad no varía nunca, ni es más ni menos en cuanto tal; no puede dejar de ser idéntica siempre á sí misma en los individuos; y para decirlo de una vez, todos los individuos son natural ó nativamente iguales por su voluntad. Esta semejanza y equivalencia, originarias de las distintas individualidades, explica también por qué cada una de ellas es absolutamente simple é indivisible de por sí, mientras que la determinación de las influencias objetivas y extrañas al individuo marca con harta claridad las diferencias de ellos. La voluntad da, pues, al sér la individualidad, la conciencia y la irreductibilidad á otros séres, sean ó no de su misma especie; la materia y la forma pueden servir para caracterizar típica y genéricamente á los individuos, mirando á sus signos externos.

Lo que digo del individuo en general vese confirmado en la persona ó

---

(1) Ninguna impropiedad hay en decir que el mismo principio por el que el hombre piensa, es el que le sirve para asimilar los alimentos al organismo. La fisiología prueba que la misma fuerza que digiere por el estómago pasa por el cerebro, y que las manifestaciones particulares de la vida están subordinadas de una manera necesaria al principio formal del sér humano. Observemos la razón profunda de esta constitución. Todos los séres vivientes, en cuanto tales, son mónadas ó unidades en las que la materia sólo entra como principio constitutivo, pero no como principio determinante. No ofreciendo, pues, la materia para los vivientes, sino la posibilidad de que lleguen á serlo, es evidente que la fuerza ó forma que juntando los dispersos elementos materiales determina los organismos, no es una entelequia ó un ente vago, sino un principio individual é individualizador. ¿Y á quién sino al alma competen estas dos propiedades? La vida se debe, por lo tanto, á la presencia del alma.

individuo sociológico (1). Si la humanidad sólo fuese sustantiva en el conjunto de los individuos, si cada uno de ellos no fuese otra cosa que una repetición mecánica é indefinida de los demás, si sólo dominase en lo humano la identidad de la naturaleza humana, los sentimientos de unión, amistad y simpatía se harían imposibles. Tales sentimientos nacen únicamente del contraste de caracteres, y es ley general para todo el mundo de la sociedad, que los pueblos de más iniciativa sean los que en sus individualidades presenten más rica variedad de aptitudes, facultades, y por consiguiente, más *individualismo*. Especuladores y empíricos afirman que el hilozoismo contribuye en el terreno metafísico á justificar las tendencias individualistas. ¿Hace, por ventura, mal en esto? (2). ¿No es la idea individualista lo que pone en movimiento el mecanismo de las sociedades, y no es siempre preciso suponer la legitimidad de esa idea, sopena de renunciar á cuanto enseña la sociología y las ciencias naturales? Pero no anticipemos juicios y procuremos más bien deducirlos de nuestras últimas investigaciones. Así, después de haber confirmado la importancia de la concepción hilozoista en la ciencia, debemos hacer lo propio en el arte, en la moral, en el derecho y en la religión.

II.—Aplicaciones estéticas.

El más importante resultado general que nos producen el sistema y el método hilozoistas es la aproximación de las obras del espíritu á las de la naturaleza. Tratándose del arte, parece de primera intención que hay que luchar con más dificultades para asimilar sus procedimientos intencionados y conscientes á los procedimientos ciegos ó instintivos del mundo llamado natural. Sin embargo, á los ojos del atento observador, la naturaleza y su evolución, el curso del universo y sus creaciones, presenta en el fondo un aspecto que requiere, para ser determinado, la afirmación de leyes espirituales. Se ha abusado visiblemente de la distinción hecha con tanta frecuencia de las obras de la naturaleza y de las obras del arte. La naturaleza es artista y el arte está basado en la simpatía del espíritu con las cosas naturales.

Hay, sin duda, dos modos de manifestación del trabajo de la naturaleza. Uno de ellos, completamente mecánico, depende de leyes generales; es la forma externa de la vida, que se produce bajo necesidades. El otro modo —el modo teleológico, el del espíritu y el ideal—, que no es un mecanismo puramente fenoménico, sino un dinanismo de origen psíquico, supera á la labor misma de la inteligencia y constituye la revelación más profunda del principio absoluto en que coinciden el sujeto y el objeto. Aunque la *ejecu-*

(1) Del valor social de las personalidades hablo extensamente en mi escrito *Papel de los grandes hombres en la historia* (publicado en *La España Moderna*. Abril, 1902.)

(1) Acerca de las relaciones de la metafísica hilozoista y la verdadera doctrina social. Véase mi escrito *Tendencia al individualismo en la ciencia alemana contemporánea* (publicado en *La España Moderna*. Junio, 1902).

ción de toda acción orgánica esté encomendada á fuerzas mecánicas, sus *causas* reales y verdaderas son fuerzas espirituales. Esta distinción radical entre lo que llamamos «motivo» y «medio» de las formaciones de la naturaleza, es la que han olvidado los que se resisten á identificarlas con las del arte.

El arte, á su vez, se identifica en sus operaciones con la naturaleza, cuando se le considera, no en lo que tiene de reflexivo y técnico, obra del talento, sino en lo que tiene de verdaderamente inspirado y propio, obra del genio (1). El genio percibe la energía de su poder creador, pero no se da cuenta de los medios de que se vale en la consecución de su fin estético. Al examinar la obra bella realizada por el genio se hace uno la ilusión de que éste ha seguido un proceso artificial y reflexivo, concibiendo una coordinación de partes hábilmente calculada, y sin embargo, es una obra rigurosamente inconsciente y natural. El arte nos acerca así al misterio que en sus creaciones ofrece la naturaleza ó más bien la vida. Esta origina instintivamente sus hechuras, dándoles, no obstante, un sello de estética, de armonía, de finalidad. Lo que llamamos naturaleza es un arte viviente, siempre realizándose en sí mismo, una cadena de ideas que se nos aparecen continuamente bajo formas finitas como símbolo de un mundo que hace posible el orden orgánico y artístico en el caos de la creación: el mundo del Espíritu.

No vacilo en declarar que esta concepción de la naturaleza es el eje sobre el cual gira la estética moderna. Considerando detenidamente la belleza y las bellas artes, se ve que sus elementos estables son el naturalismo y el idealismo realista, elementos que, lejos de unirse á la forma transcendente ó abstracta, se separan de ella cada vez más. Todas las tendencias de nuestra literatura y todo el trabajo del arte contemporáneo son favorables á la economía hilozoista, al carácter inmanente del hilozoismo, como relación inmediata del espíritu con la naturaleza. El sentimiento estético—dice Guyau—se confunde con la vida llegada á la conciencia de sí misma, de su intensidad y de su armonía interior; lo bello puede definirse como una percepción ó una acción que estimula la vida bajo sus tres formas á la vez (sensibilidad, inteligencia y voluntad), y que produce el placer por la conciencia inmediata de este general estímulo. Y aquí aparece en la teoría de Guyau, al lado del sentimiento estético, el sentimiento moral, que se confunde con la vida más intensiva y más extensiva posible llegada á la conciencia de su fecundidad práctica. La forma general de esta fecundidad es la acción para otras y la sociabilidad con los demás hombres; extremos ambos que paso á examinar con arreglo al punto de vista particular de mis ideales.

(1) Véase á Schelling: *Discursos sobre la relación de las Bellas Artes con la Naturaleza*, 336.

III. - Aplicaciones morales.

No se espanten los lectores teistas al detenerse en este epígrafe, ni vayan á suponer que trato de apoyar la ética panteista. Demasiado comprendo que divinizarlo todo sería justificarlo todo, consagrarlo todo. Si el mundo fuese una teofanía, ninguna cosa podría censurarse ó elogiarse más que las demás, y cuanto hiciesen el hombre y la bestia sería igualmente lícito y perfecto. No consiste la moral del hilozoismo en ver á Dios en todas partes y legitimar el mal y crimen por la especiosa fórmula cínica de que todo lo que es natural es, *ipso facto,* bueno. La concepción hilozoista no debe implicar «panteismo». Yo no digo que toda la naturaleza es *divina,* sino que toda la naturaleza es *espiritual.* No solamente los séres dotados de albedrío, sino los que carecen de reflexión y hasta de sensibilidad bien determinada, imitan, como decía Plotino, al Primer Principio, engendrando para poder llegar á la perpetuidad y manifestar su bondad. Esto no es, ciertamente, rebajar á la Divinidad, sino elevar la naturaleza y afianzar y mezclar en su vida al hombre. *Toti mundo te insere.*

Los estóicos en general, y especialmente Séneca, emitieron hermosas ideas sobre este punto. Ya Cicerón, al desentrañar la noción de los fines morales, se declaraba ciudadano del mundo: *Civis sum totius mundi.* Y Marco Aurelio, inspirado en el mismo ideal, exclamaba en un arranque de genio: «¡Oh mundo, amo lo que tú amas! Dame lo que tú quieras, quítame aquello que rehusas. Todo lo que te acomoda, me acomoda á mí también. Todo viene de ti, todo está en ti, todo vuelve á ti. Un personaje de teatro dice ¡ciudad amada de Cécrope!, ¿no he de decir yo ¡ciudad amada de Júpiter!?» (1). Y puesto que nada hay vil en la casa de Júpiter, como afirmaba también Spinosa, ¿por qué no se ha de asimilar la finalidad de la voluntad humana á la de los demás séres? Si la moralidad se redujese á la vida inmanente, interior, es seguro que los hilozoistas jamás se hubieran tomado el trabajo de profundizarla, elevarla y ampliarla; pero la moral es algo más que eso, pues supone la relación de la voluntad con la vida de la naturaleza. Empíricamente hablando, la voluntad debe, contando con la naturaleza, realizar progresivamente el ideal. Y la prueba de que debe, es que puede. Sin embargo, desde el punto de vista filosófico, el deber produce el poder, y no al contrario. La realidad no se llena en cierto modo sino por las innovaciones que el espíritu introduce en ella con ayuda del tiempo;

(1) Strauss (*Der alte und der neue glauve*, IV, 4) define la moral como la armonización del individuo con la especie, y la religión como la armonización del hombre con el universo; esta definición que parece de primer intento implicar una diferencia de generalidad y una cierta oposición entre la moral y la religión, «tiene por fin realmente mostrar una unidad: el ideal de la especie se confunde con el del universo, y si por acaso se les distinguiese todavía, aquel ideal sería el más universal que la moral nos mandaría perseguir.» (Guyau, *L'irreligion de l'avenir*, 135).

pero esto no sería posible si el fondo de dicha realidad no fuese el resorte que la hace superarse á sí misma sin cesar. En una palabra: el movimiento de la realidad en que vivimos no tendría su verdadera razón en el ideal que apetecemos, si este ideal no fuese nuestra naturaleza misma, nuestra esencia y la de todos los séres. ¿Por qué? Porque, perfecta ó perfectible, la existencia sólo es en cuanto es una y eterna, es decir, en cuanto reune en sí los caracteres que siempre se han atribuído al sér absoluto, y es la misma para todas las cosas. *Quod aeternum non est, nihil est.* Al concebir nosotros, cada vez mejor, cada vez más íntimo, cada vez más claro y comprensivo el ideal de esa existencia, no hacemos sino acercarnos á la más profunda y á la más viva realidad. Por eso dije en otra parte, y no sé si lo recordará el lector, que aquellos que niegan que el fondo de la existencia y de la fuerza productora del mundo sea la perfección, acaban siempre por reconocer que el ideal no sería realizable si no fuese precisamente la esencia misma de las cosas, su causa primera, á la que retornan de una manera progresiva. De este modo, los que más encarnizadamente combaten lo realizado con lo perfectible, haciendo blanco de sus iras á los platónicos por haber radicado lo primero en la idea del bien, vienen en última instancia á decir lo mismo que estos filósofos cuando hablan objetivamente del primer principio de las cosas.

El hombre, pues, se halla obligado á encaminar la realidad hacia una libertad progresiva. ¿Cómo? Realizando en sí el ideal de lo que esa realidad expresa en sus imperfecciones. Aquí está aquella «ley de inmortalidad» que la sabiduría sanscrita consideraba como la ley única del universo. ¿En qué pasaje los libros sagrados de la India han dado á entender, ni una vez sola, que exista destino exterior que gobierne la vida de los séres, y que en el encadenamiento de los sucesos por la moralidad haya otra cosa que una compensación fundada en la naturaleza misma, según la cual la felicidad sigue á la virtud y la desgracia al vicio, como la sombra al cuerpo?

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Se continuará.)



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Interesantes estudios sobre la función de ciertas glándulas. — La crítica y el escritor ocultista norteamericano Davis. — La estatua de Servet y la tolerancia religiosa. — Un mito cosmogónico de los indios Dinka. La REVUE THEOSOPHIQUE y la edición española de ISIS SIN VELO.

Sobre la función de ciertas glándulas.

El número de Agosto de *The Theosophical Review*, nos hace conocer el resultado de unos curiosos experimentos realizados por el doctor Sajous, que creemos de verdadera importancia, íntimamente relacionados con los estudios de ocultismo práctico. Los experimentos del doctor Sajous vieron la luz pública en el número de Junio de la gran revista científica inglesa *Science Siftings* (1), á la que pertenecen los siguientes párrafos: «El secreto de la vida está en las glándulas. Esto es, por lo menos, lo que se deduce de los recientes descubrimientos realizados por la conocida autoridad médica doctor C. E. Sajous. Era cosa admitida por la ciencia desde hace muchos años, que las glándulas formaban una de las partes más importantes del organismo, si bien la dificultad para su estudio había impedido conocer detalladamente su actividad. Cuando se considera, en efecto, que viene á ser de dos ó tres millones el número de glándulas excretorias de nuestra piel, y una cantidad verdaderamente infinita la de los pequeños intestinos y otras partes del cuerpo, fácilmente se comprende que su conocimiento sólo puede ser posible al especialista que consagra toda su atención á un estudio particular. Eran, pues, en cierto modo las glándulas, misteriosos órganos cuya acción, aunque frecuentemente estudiada, pocas veces había sido explicada. Hoy, empero, mediante las luminosas experiencias del doctor Sajous puede decirse que representan el más importante de los elementos del organismo. La pituitaria, por ejemplo, es el agente regulador de la salud, teoría que puede ser comparada á la de Descartes sobre la glándula pineal como centro principal del cerebro y aun como asiento del alma...

(1) *Revista popular de ciencia, literatura, descubrimientos, alimentación*, etcétera, *London. Fleet Street*, 123, 124 y 125.

Sabido es que el hígado es la glándula mayor del cuerpo humano, y que aunque en realidad conocemos poco acerca de su verdadera misión, sabemos, sin embargo, que una de sus principales funciones es la de secretar la bilis. Ahora bien; lo maravilloso en esta glándula, como en otras del organismo humano, es que ella extrae de la sangre—por un especial cambio efectuado á través del protoplasma de sus células—substancias que no encontramos en la sangre misma, pues sabido es que el análisis químico no revela bilis en la sangre cuando ésta penetra en el hígado, y aun después de haber entrado, y que cuando el ácido quimo pasa á través del conducto biliar al duodeno, se produce y expele bilis. Esta acción del hígado es semejante á la de otras glándulas. El pancreas, por ejemplo, produce lo que denominamos «zymogen» ó fermento primario, así denominado porque da origen á uno de los principales «enzymes» ó fermentos del jugo pancreático, tan necesario para la obra de la digestión. Estos «enzymes» son los principales productos de la glándula, y su extraña é inorgánica naturaleza constituye un verdadero enigma para los químicos.

Sabemos que cuando la sangre penetra la glándula, lleva consigo ciertas substancias químicas; pero el por qué ciertos elementos de la sangre se transforman en esos líquidos especiales, luego secretados por las glándulas, es uno de los más grandes problemas de la fisiología. Se sabe que hay ciertas células á través de las cuales pasa la sangre; pero no se trata de un simple proceso de filtración, por medio del cual la glándula extrae de la sangre cierta parte de ella, sino de un verdadero cambio químico efectuado á través del protoplasma de la glándula.

El doctor Sajous ha consagrado su tiempo, en particular los últimos cuarenta años, al estudio de las glándulas atróficas especialmente al de las suprarenales—dos cuerpecillos situados en el abdomen, precisamente sobre los riñones—y al de la pituitaria, que él pretende juega un papel importantísimo en la conservación de la salud. El doctor Sajous cree demostrar la existencia de una relación directa entre este pequeño cuerpo y el sistema vital entero. Pues aunque se trata de algo aparentemente atrófico que según parece no tiene secreción alguna especial, él anuncia haber hallado y analizado una secreción determinada que adquiere transcendental importancia después de haberse relacionado con los pulmones

Esta substancia, tan cuidadosamente elaborada por la pequeña glándula, es un agente completamente necesario para la absorción del oxigeno á través del aparato respiratorio, con cuyo oxígeno forma una nueva substancia que el doctor Sajous denomina «andrenoxina». Esta,

asociada á la parte fluidica de la sangre, se esparce á través de todo el organismo, llegando hasta los más diminutos vasos. Y tan sólo cuando esta misteriosa substancia se pone en contacto con el oxigeno, es absorbido éste, y no exclusivamente por medio de los glóbulos rojos como hasta hoy se ha supuesto».

* * *

Corroborando estas experiencias del doctor Sajous, la misma revista científica citada, *Science Siftings*, inserta en su número de Junio otro nuevo trabajo del doctor George Crile, titulado *Regulación de la energía*, del que extraemos estos párrafos:

«Las deficiencias cardiacas pueden ser tratadas por fin positivamente. Los atacados por colapsos repentinos sin razón aparente, pueden ser curados por un procedimiento adecuado. Así, por lo menos, lo anuncia recientemente el doctor Crile. Este, conducido por sus experiencias al estudio de los atacados por dichos colapsos (en especial durante las operaciones quirúrgicas), pretende haber encontrado un específico que restablece la circulación de la sangre y hace recobrar el estado normal, cuyo específico es una maravillosa substancia denominada *adrenalina*, que no es otra cosa que la secreción de las glándulas situadas sobre los riñones extraídas químicamente.

Este descubrimiento del doctor Crile coincide con las observaciones del doctor Sajous, para quien el oficio de esta secreción es el de permitir que la sangre absorba el oxígeno del aire para trasmitirle al organismo. Del descubrimiento del doctor Sajous se dió cuenta en *Science Siftings* recientemente; pero hoy una investigación independiente, debida al doctor Crile, demuestra de nuevo toda la importancia de esta secreción maravillosa».

Sirva la noticia de estas experiencias para alentar á quienes en España estudian desde hace mucho tiempo el funcionalismo de otras glándulas que, como la pineal y la estudiada por el doctor Sajous, son un verdadero enigma de la fisiología moderna.

La crítica y el escritor ocultista A. J. Davis.

Helios, una de las más importantes revistas literarias de España, nos hace conocer en su número de Noviembre un interesante trabajo del escritor colombiano Enrique Cortés, en el cual se estudia extensa y acertadamente lo que pudiéramos denominar espiritualismo norteamericano. Recuerda el distinguido escritor los nombres de Longfellow, de Whithier — el poeta

kuaquero — de James Russell Lowell, de Theodoro Parker, de Frothingham, de Phillips Brooks, de Henry Ward Beecher y de aquella pléyade de «heroicos luchadores... hombres austeros, desinteresados, creyentes en el amor y la justicia y olvidados de sí mismos», que nos da una idea muy distinta de la generalmente sustentada sobre norteamérica. El país que reunió en Chicago el primer Congreso universal de religiones, y cuenta entre sus escritores á un Edgar Poe, poeta místico que intentó indicar en el siglo XIX las bases de una nueva cosmogonía (en *Eureka*) y que sostuvo valientemente en *The power of words* las más atrevidas hipótesis de un supernaturalismo y ocultismo aun hoy tachado de «paradójico»; no fué ciertamente un asilo de metalizados positivistas, ni de prejuzgadores sistemáticos... Y así lo debieron entender seguramente los fundadores de la forma actual del teosofismo, nuestro presidente Coronel Olcott y el inolvidable maestro H. P. Blavatsky, cuando en 1875 sentaron en New-York las bases de la hoy extendida Sociedad Teosófica. Algo de esto indica el Sr. Cortés cuando señala como uno de los elementos que contribuyeron á «depurar la creencia popular apartándola de las manifestaciones materiales y llevándola á la contemplación de superiores concepciones», al «Teosofismo oriental». Al tratar de este punto, el Sr. Cortés detiénese á estudiar la interesante figura—tantas veces citada en la literatura teosófica — del doctor Andrew Jackson Davis, el gran pensador y vidente norteamericano, proporcionándonos interesantes datos sobre su vida y sus obras, y presentándole como uno de los propulsores y preparadores del renacimiento espiritualista americano, sobre el que más tarde habían de trabajar H. P. Blavatsky, Olcott, Annie Besant y la pléyade inmensa de teósofos posteriores. Dice con este motivo el distinguido crítico colombiano: «Tres son, pues, los grandes elementos que se mezclaron en el intelecto americano: el cristianismo severo y puro de los puritanos, el espiritualismo ardiente y flexible de los modernos ocultistas y el espíritu vasto, soñador, místico, de transcendentales alcances del Teosofismo...» ¡Lástima que quien tan bien sabe matizar los distintos aspectos intelectuales de una época, vea en el actual movimiento teosófico «una especie de Budismo ó Brahmanismo con ropaje Occidental!» Este error, muy común por cierto, tiene, sin embargo, la disculpa de que los mismos teosofistas han contribuído inconscientemente á propalarle... Desde que apareció la obra de Sinnett *El Buddhismo esotérico* (obra interesante, aunque con un título que la misma H. P. Blavatsky calificó de *desdichado*), teosofía y buddhismo han venido confundiéndose lamentablemente. Sinnett encontró una fórmula felicísima en lo

interno del buddhismo para exteriorizar sus enseñanzas teosóficas, mas la posteridad unió para siempre estos dos nombres... En el prólogo de *La Doctrina Secreta* puede verse, sin embargo, puntualizada esta cuestión con la exactitud que caracterizó siempre al Maestro. Aparte de esto, nada tan interesante como lo que el Sr. Cortés dice y piensa acerca de los escritores espiritualistas que estudia. Comparando á Emerson con Davis, dice: «Emerson no ha formulado, como el doctor Andrew Jackson Davis, un sistema de filosofía; sus ideas, como granos de oro, aparecen diseminadas en sus numerosos *ensayos*, entre los cuales se distingen *El alma universal*, *Las leyes espirituales*, *Compensación*, *El Heroismo* y otras. Emerson fué un adivino de la ley divina, que no ve en toda la creación sino el ejercicio de la ley del amor... Saturado de la teoría brahmánica, fija el mérito del deber cumplido, no en la calidad, ni la importancia de él, sino en el espíritu que preside á su cumplimiento, por humilde y á veces hasta cuestionable que aquél sea». Mucho sentimos que por falta de espacio no podamos exponer más detalladamente las restantes apreciaciones del Sr. Cortés, que dan una idea muy clara de la cultura del crítico americano.

La estatua de Servet y la tolerancia religiosa.

Con motivo de la curiosa ceremonia verificada el 27 de Octubre en Ginebra, donde los calvinistas han levantado una estatua *expiatoria* en memoria del gran filósofo español Miguel Servet, quemado en la misma Ginebra por los mismos calvinistas que hoy le honran, el distinguido catedrático Sr. Altamira publica en el más popular de los semanarios republicanos de Madrid un curioso trabajo, del cual extraemos los párrafos que siguen:

«No era Servet un hereje vulgar. Pretendió nada menos que «imprimir á la Reforma un rumbo nuevo» y reconstruir el cristianismo tal como lo entendían sus contemporáneos. Como verdadero *renaciente*, su cultura fué enciclopédica, y de él ha dicho Menéndez y Pelayo que ninguno de los heresiarcas españoles le vence «en audacia y originalidad de ideas, en lo ordenado y consecuente del sistema, en el vigor lógico..., ninguno es tan rico, variado y espléndido» en carácter como él.

»Tanto como sus ideas filosóficas y religiosas, perdieron á Servet la enemistad y los recelos de Calvino. El choque de aquellos dos hombres, igualmente tercos y duros,—aunque con terquedad y dureza de muy distinto género—tuvo un resultado trágico. Servet, con temeridad realmente aragonesa, no bien escapó de la Inquisición de Francia, marchó en busca de Calvino. Pocos meses después fué condenado á

muerte en hoguera, y el 27 de Octubre de 1553 se cumplió lo que Menéndez y Pelayo califica de «asesinato jurídico».

»Después de tres siglos y medio, los descendientes espirituales de Calvino, los miembros todos de las distintas tendencias del protestantismo reformado, han creído de su deber reparar aquella injusticia. En el mismo lugar en que Servet pereció, han elevado un monumento de granito, que lleva las siguientes inscripciones:

EL 27 DE OCTUBRE DE 1553
MURIÓ EN LA HOGUERA, EN CHAMPEL,
MIGUEL SERVET,
DE VILLANUEVA DE ARAGÓN,
NACIDO EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1511.

HIJOS RESPETUOSOS Y RECONOCIDOS
DE CALVINO,
NUESTRO GRAN REFORMADOR,
CONDENAMOS, SIN EMBARGO,
UN ERROR QUE FUÉ CULPA DE SU TIEMPO,
Y FIRMEMENTE ABRAZADOS
Á LA LIBERTAD DE CONCIENCIA,
SEGÚN LOS VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA REFORMA
Y DEL EVANGELIO,
HEMOS ELEVADO ESTE MONUMENTO EXPIATORIO
EL 27 DE OCTUBRE DE 1903.

Y ahora, lector, *filosofemos* sobre esta actualidad palpitante.

Tú, como yo, habrás oído hablar de monumentos elevados á hombres de la especie de Servet, heterodoxos de ésta ó la otra religión por sus correligionarios ó por los que, sin serlo, defienden la doctrina de la libertad y de la transigencia; nunca por los mismos que condenaron á esos hombres y los rechazaron de su comunión. Pues fíjate ahora en que el monumento de Champel, en Ginebra, lo han costeado los «hijos respetuosos» de Calvino, quienes, sin renegar ni un ápice de sus doctrinas, ni menos adoptar las de Servet, dan al mundo el alto ejemplo de una tolerancia que empieza por censurar, con un eufemismo muy discreto, la intolerancia del fundador de su Iglesia y por lamentar el error en que éste cayó.

»¿Qué te dice ese hecho? ¿No te parece un nuevo triunfo del espíritu de paz, de sinceridad, de respeto á todas las opiniones, que caracteriza lo más elevado de la civilización de nuestros días? ¿No te reconcilia con la especie humana, que si produce individuos como Torque-

mada y Lutero, Kitchener y el sultán de Turquía, también produce — y cada vez más — actos de concordia como el Congreso de las religiones de Chicago y la ceremonia de Champel? ¿No te da confianza en el porvenir de esta triste humanidad á que pertenecemos, víctima, más aún que de lo externo á ella, de sus propios errores y de sus apasionamientos?»

Interesante mito cosmogónico de los indios Dinka.

La *Bombay Gazette* nos proporciona los siguientes datos, que también publica *The Theosophist* en su número de Octubre: «Entre los apéndices á los relatos de lord Bromer aparece una interesante nota sobre las creencias religiosas de las tribus que habitan el Bahr-el-Gharal. El Dinka, según dicho relato, posee una minuciosa colección de dioses y semidioses. A la cabeza de esta divina comunidad aparecen *Deng-Dit* (dador de la lluvia) y *Abok*, su mujer. Estos tuvieron dos hijos, *Kur-Kongs*, el más viejo, y *Gurung-Dit*, el más joven, y una hija *Ai-Yak*. El demonio denominado *L'wl-Baurrajok*, es el padre de *Abok*, la esposa de *Deng-Dit*. El origen de la humanidad (que puede ser aquí la de la tribu Dinka) es en extremo curiosa y hasta poética. *Deng-Dik* entrega á su esposa Abok una copa de grasa y ella y sus hijos, derritiéndola sobre el fuego se proponen moldear con su producto hombres y mujeres á semejanza de los dioses. Antes *Deng-Dik* previene á su mujer contra L'wa (el demonio) á quien supone animado de perversas intenciones contra él. Pero Abok se olvida de ellas y marcha con sus hijos hacia el bosque para recoger ramaje. Entre tanto, L'wal encuentra la copa y se bebe la mayor parte de la grasa, y después, con el resto, moldea grotescas caricaturas de hombres y mujeres con los ojos, las bocas y los miembros torcidos. Entonces, temiendo la venganza de *Deng-Dik*, desciende hacia la tierra por el sendero que entonces la unía con los cielos. Al descubrir Abok las consecuencias de su olvido, apresúrase á dar cuenta de él á su marido, quien encolerizado parte en persecución de L'wal. Pero éste persuade al pájaro *Atoi-toisa* para que destroce con su pico el sendero que unía la tierra con los cielos, escapando así de la cólera divina.

Con motivo de la edición española de Isis sin Velo.

La *Revue theosophique française* en su número de Octubre, dedica á los teósofos españoles fraternales y cariñosas frases, que Sophia agradece sinceramente en nombre de todos ellos. Hablando de la aparición del tomo segundo de *Isis sin Velo*, que acaba de editar la casa de publicaciones teosóficas

de nuestro compañero Sr. Maynadé (Tapinería, 24, Barcelona), nuestros hermanos de Francia recuerdan oportunamente cuán infructuosas han sido otras tentativas de su mismo país para dar á conocer la amena y curiosísima obra del Maestro Blavatsky. Cuando apareció *Isis Unveiled*, Mr. Leymarie, director de la *Revue Spirite*, intentó publicar una costosa traducción francesa de la obra, traducción que hubo de someter al juicio de la misma H. P. Blavatsky. Leymarie había contado para este efecto con uno de los mejores traductores de inglés que entonces había en París. Mas ajeno éste por completo al teosofismo, no pudo realizar su trabajo, que resultó en absoluto desprovisto de la exactitud necesaria. No así la traducción española que, como debida á la casa Maynadé, merece toda confianza por parte del público.



BIBLIOGRAFÍA

Louisa Shaw. *Het doel van de theosophische vereeniging.*—Amsterdam, 1903.

La Sociedad de *Publicaciones teosóficas holandesa*, cuya sede está en Amsterdam (Almsteldijk, 79), acaba de editar el opúsculo de la ilustre escritora Mrs. Shaw, titulado *Ensayo sobre la Fraternidad teosófica*, traducido del inglés por C. W. Dijkgraaf. Los lectores que deseen conocer el asunto que trata la escritora inglesa pueden consultar el número de Julio (1903) de *The Theosophical Review*, donde se inserta íntegro en su idioma originario. En el mismo número encontrarán asimismo algunos párrafos que la revista inglesa consagra á la escritora teosofista.



H. S. Olcott. *The poor pariah.*—Addison C. editores.—*Madras.*—India.

Realmente interesante es el actual estudio de nuestro Presidente. Sus profundos conocimientos sobre todo lo que se relaciona con la India, hacen que éste, como todos sus trabajos, sea de una novedad y verdad realmente

notables. No conocemos estudio tan exacto como *The poor pariah* sobre el estado actual de las razas inferiores de la India. Desde las primeras páginas se admira la inmensa labor realizada por el Coronel Olcott. Su constante permanencia en la India, sus conocimientos prácticos de los idiomas del país y la constancia y desinterés de sus investigaciones, le han permitido realizar una obra en verdad admirable, cuyo aspecto práctico se traduce en la existencia de las *Escuelas libres* de parias. En el presente estudio nos hace conocer la historia y la actual situación de éstos, que es en efecto «trágica», y todo cuanto se nos ocurre después de conocerla es exclamar con Willis: *Room for the leper; room...!* Sí; es preciso hacer un espacio para las razas caídas, para los parias de todas las sociedades. Mead nos lo dice estudiando la obra de Olcott:

«Nosotros, como teosofistas, no podemos menos de confesar que el regimen de castas en su forma primitiva redujo al paria á un verdadero estado de vileza, convirtiéndole en un siervo de siervos, en una especie de lepra social. Para un espíritu oriental nada hay en todo esto de extraño, pues el hecho no es para él otra cosa que una consecuencia del orden ya preestablecido de las cosas; mas para una inteligencia occidental, para un espíritu humanitario como el del Coronel Olcott, nada tan severo como semejante estado de cosas. Nuestro Presidente, en efecto, rechaza la general creencia de que los parias sean en realidad lo que el tiránico régimen de castas quiere demostrar... El paria es, según él, un espíritu susceptible de progreso, más aún, tan apto para el conocimiento como el de multitud de séres de otras razas. El origen de su atraso es el de todos los atrasos: la educación. Y si se nos dice que ésta no siempre es un remedio infalible, toda vez que en determinadas ocasiones origina mayores males que los que intenta evitar, haremos observar que jamás se da este caso si se sabe hacer uso de ella, sabia y moderadamente. Esto lo demuestra el resultado obtenido por el Coronel Olcott, cuyos experimentos preciso es confesar que han sido coronados con el más brillante éxito. Los informes de las cinco Escuelas de Parias, fundadas por nuestro Presidente, han demostrado que sus pequeños alumnos son más aficionados al estudio, más inteligentes y más industriosos que los de otras muchas privilegiadas agrupaciones de enseñanza. Los jóvenes que han sido educados en estas escuelas están hoy en una posición desahogada y son solicitados con interés por sus buenas cualidades. Esto es un verdadero resultado satisfactorio de la prueba, porque hasta hoy la tarea educativa había sido hecha en interés exclusivo del misionismo y el hecho es que los «con-

vertidos» eran siempre los últimos sirvientes. El celo desplegado por los misioneros cristianos para levantar de su miserable condición á las castas inferiores de la India, no ha sido exclusivamente humanitario, sino en interés de la «conversión» y su resultado ha sido completamente insatisfactorio, en tanto que los del Coronel Olcott, desinteresados y sin otras miras que los de la instrucción misma, se han visto coronados por el éxito.

M.-M.



P. Lapie. *Lógica de la Voluntad.*—Daniel Jorro, un vol., Madrid, 5 ptas.

Una vez más hemos de llamar la atención á nuestros lectores de los importantes servicios que presta á la cultura patria el Sr. Jorro, poniendo al alcance de nuestro público las *mejores* obras de la ciencia contemporánea.

La obra de Mr. Lapie ha sido ya suficientemente juzgada por la prensa francesa y poco hemos de decir de tan importante trabajo para estimular al público español. A título de información recordaremos el juicio que mereció el mejor crítico-filósofo de la vecina república, el concienzudo Mr. Pillon, autor del *Anée Philosophique*, quien no ha hallado otro reparo en ella que el haberse apartado el autor de la teoría del juicio del célebre Descartes, que hace de la lógica no una moral, sino de la lógica y de la metodología una moral de las operaciones intelectuales.

La traducción, como todas las de la casa del Sr. Jorro, está perfectamente hecha, pues semejante trabajo el conocido editor lo recomienda siempre á personas entendidas en la materia.

M.-M.



Revistas recibidas.

TEOSÓFICAS

The Theosophist. (INDIA. *Adyar, Madras. Teosophical Society's Head-Quarters*).
The Theosophical Review. (LONDRES. *The Theosophical publishing society.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. (LONDRES. *T. P. T.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. (CALIFORNIA. San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. (CALIFORNIA. San Francisco. Room A., Fellows' Building. U. S. A.)
The New Zealand Theosophical Magazine. (N. ZELANDA. Strand Arcade. Queen Street. Auckland).

Theosophia. (AMSTERDAM. Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. (INDIA HOLANDESA. Semerang-Drukkerij en Boekhandel).

Revue theósophique française. (PARÍS. Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theósophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. (LEIPZIG. Inselstr. 25.)

Teosofia. (ROMA. Via di Pietra, 70.)

Dharma. (VENEZUELA. *Caracas.* Sur 5 núm. 84.)
Sophia. (CHILE. *Santiago.* Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi *and* **The United Buddhist World.** (INDIA. 2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. (INDIA. Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. (INDIA. *Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. (INDIA. C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. (Brasil. Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. Brasil. Bahia.)
La Lumiere. (París. rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. (Italia. Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)

Constancia. (Buenos-Aires. Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. (Buenos-Aires. Victoria, 3325.)
Freya. (Buenos-Aires. calle 27, núm. 215.)

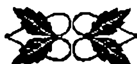
Lumen. (Barcelona. Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. (Tarrasa. Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. (París. Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. (Portugal, Coimbra. Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo (Portugal, Serpa.)

Revista masónica. (Buenos-Aires. Calle Cuyo, 1131.)

Helios. (Madrid. Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. (Madrid. Cristóbal Bordiú, 1.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.